

IX

El señor Eliphas estaba en su despacho contestando una numerosa correspondencia, cuando entró su criado para decirle que una joven, que no quería decir su nombre, insistía mucho en verle. Todos los días el Ministro de la Caridad recibía súplicas iguales y siempre se mostraba accesible á ellas. No había hombre más abordable, por lo mismo que brillaba en el arte de desembarazarse de importunos y de impostores. Los más hostiles, los más tenaces mendigos de profesión perdían el tiempo con él.

— ¿Ha venido alguna otra vez esa persona? dijo á su criado, viejo zorro con un golpe de vista prodigioso.

— No, señor. Es nueva. Es una joven de unos diez y seis años y bonita como una gloria.

Eliphas frunció el entrecejo y un vago presentimiento le agitó.

— ¿Dónde está?

— La he dejado en la antesala, señor. Con esas muchachas hay que andar con cuidado. Acaso es una ladrona.

— Llévela usted al cuartito que sabe.

El criado salió y el señor Eliphas pasó á la habitación contigua á su despacho, completamente desamueblada y en la que el visitante no podía tener idea de que estaba en casa de un rico. En el momento se abrió una puerta y adelantó hacia Eliphas una muchacha morena, asombrosamente bella, vestida con ropa miserable y sin nada en la cabeza. Hizo una seca reverencia y dijo mirando al viejo con ojos descarados:

— ¿Es usted el señor Eliphas?

— Sí, hija mía.

— Pues bien, señor, yo soy Matilde Chabassu. Ya comprenderá usted lo que me trae.

— No tengo ni la más ligera idea, pero tome usted una silla y explíquese.

El viejo se colocó de espalda al balcón para ver á buena luz la cara de la visitante, pero vió prontamente que la precaución era inútil porque la joven no tenía malicia alguna y toda astucia sobraba con ella.

— Señor, comenzó, acabo ahora mismo de escaparme de casa de mi padre, ayudada por el señor Bouscarés, para venir á contar á usted lo que pasa.

Hace tres días que estoy encerrada en un desván, sin más alimento que unos mendrugos sazonados con bofetadas. Basta ya de ese régimen... Mire usted, mire, si quiere, cómo me han puesto.

Se desabrochó el vestido y enseñó un cuello de forma perfecta, lleno de cardenales, y unos brazos redondos, frescos, nacarados, en los que se veían huellas de dedos brutales.

— ¿Ve usted? Esto no me divierte.

— Abróchese usted, hija mía, dijo fríamente Eliphás. Comprendo que tales relaciones con las personas de su familia son penosas, pero ¿qué he de hacer yo?

— ¡Cómo qué ha de hacer usted! dijo claramente la muchacha. El señor Bouscarés dice que usted puede hacerlo todo.

Esta respuesta en la que se revelaba de un modo tan audaz la intervención de Bouscarés, puso á Eliphás aún más reservado.

— Sí, señor; dice que si usted quiere, papá me tratará como á una reina y Ravet no pasará el tiempo espíandome...

— Dispense usted, interrumpió Eliphás; ¿quién es ese Ravet?

La joven miró tranquilamente al viejo y dijo:

— Es mi amante.

— ¿Qué edad tiene usted, hija mía? preguntó Eliphás apiadado por aquella corrupción ingenua.

La joven Matilde tomó una actitud picaresca, sacó de su fresca boca una puntita de lengua de color de rosa y con un gesto de pilluelo respondió:

— ¡Qué curioso es usted! ¿Qué le importa mi edad?

— Me asombran los precoces vicios de usted y trataba de explicármelos.

— ¡Esa es buena! Si yo no tuviese á Ravet andaría arrastrada por todos los hombres del barrio... Él me hace respetar, porque es fuerte. Solamente que es muy celoso y en este momento no me deja vivir á causa de Valentín...

— ¿Hay también un Valentín?

— ¡Hombre! Hágase usted el inocente... ¡Como si no lo supiera! Usted le conoce lo mismo que yo y hasta dice el señor Bouscarés que es usted de la familia... ¡Oh! Yo le quiero mucho á mi Valentín y para que no le suceda una desgracia vengo á ver á usted. Parece que usted no ha creído al señor Bouscarés cuando se lo ha prevenido. Ha hecho usted mal, porque es un buen hombre y muy distinguido. Tiene mucho talento, según dicen en la casa, y si tuviese un poco de dinero ganaría el oro y el moro...

— ¿Es él quien envía á usted? preguntó Eliphás siempre desconfiado.

— ¡Toma! ¿Quién quiere usted que sea? Yo no conocía á usted. El señor Bouscarés es el que

me ha dado las señas de esta casa y el que me ha abierto la puerta del desván... Anda, me dijo, y explica tú misma la situación al señor Eliphás... Si él no te escucha, no hay recurso y bien sabes tú que Ravet matará á traición al señor de Coutras... Y lo hará, sí, señor; como hay Dios. Si es que usted lo desea, bueno. Siga entonces cruzado de brazos con esa pachorra... Pero entonces me voy á decírselo á su mujer, para que no le deje salir... Porque si el asunto no se arregla y él asoma la nariz por Montmartre, es hombre muerto.

— ¿Usted le ama, cuando tanto le defiende?

— ¿Si le amo? ¡Toma! ¡Vaya una pregunta! Pues ya se ve que le amo. Es un guapo mozo, y tan generoso... y tan valiente... ¡No se acobardaría delante de diez Ravet... Eso es lo que me da miedo... El otro le esperará con sus amigotes... y le apiolarán, como á una gallina... Señor, si usted puede arreglar el negocio, arréglole...

— Y si lo arreglo, ¿qué va usted á hacer?

— Irme esta noche á buscar á mi Valentín donde yo me sé...

— ¿Y si no lo arreglo?

— Entonces yo sé lo que tengo que hacer... Porque volver á casa á buscar una tunda... No tengo los huesos bastante duros para ofrecirme ese regalo.

— ¿Y á dónde irá usted?

— Á casa de la señora Blanchart. Una buena mujer que admite pensionistas...

— ¿De qué conoce usted á esa mujer?

— Ella es la que ha alquilado el cuarto donde nos vemos Valentín y yo.

— ¿Dónde está ese cuarto?

Un pliegue de desconfianza arrugó la frente mate de la joven.

— ¡No sé si decírselo á usted!... Pero sí, el señor Bousearés me ha dicho que tuviera confianza... Según él es usted un santo... Pues bien, está en la calle de Steinkerque; no hay más que atravesar la plaza de Saint-Pierre, y se está allí... Es un sitio tranquilo y retirado, pero muy peligroso para Valentín si Ravet anda á la husma... Conque, vamos, arréglole usted. Parece que nos iremos á ser ricos en el extranjero... Á mí me gusta el movimiento... ¡Me muero por los viajes!...

— ¿Dejará usted, entonces, á Valentín?

— ¡Oh! Yo sé bien que no estoy con él para toda la vida... No me hará ninguna gracia no volverle á ver, pero si es para serle útil...

La cara de Matilde expresó una viva emoción y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después dijo con aire resuelto :

— Señor, es necesario saberse sacrificar por las personas que uno ama... Y yo respondo á usted de que delante de mí no toca Ravet á Valentín...

— ¿Qué hará usted?

— ¿Qué? sacarle los ojos...

El viejo se quedó pensativo. Á pesar de sus prevenciones y de su desconfianza veía que aquella muchacha decía la verdad. Se dió cuenta claramente del peligro efectivo que amenazaba al conde de Coutras y, queriendo ante todo evitar á la señora Mossler nuevas penas, se decidió á intervenir en aquellas bajas intrigas.

— Bueno, hija mía, dijo; voy á liquidar la situación procurando poner á salvo nuestros intereses y la moral. Prométame usted, al menos, enmendarse para el porvenir.

— ¡Oh! señor, si no tuviera una que ver más que con buenas personas como usted, no haría tonteras. Pero cuando los hombres están siempre, siempre, detrás de una, ¿cómo quiere usted que resista?

Eliphás movió la cabeza y miró con lástima á aquella encantadora niña, flor parisiense apenas abierta y ya marchita.

— Voy á volver á casa para decir que usted consiente... ¡Pero, por Dios, no les dé usted chasco, porque después serían terribles!

— Diga usted á Bouscarés que antes de las seis estaré en la calle de Ramey.

— ¡Sin falta! ¿Eh? Porque entonces no doy contraorden á Valentín.

— ¿Estaban ustedes citados para esta noche?

— Sí, y papá ha pescado la carta... Como usted comprende, si yo hubiera encontrado aquí oídos de mercader, le hubiese enviado dos palabras para impedir que fuese... ¡Hubiera corrido gran peligro! Pero una vez que todo se arregla, podemos despedirnos amablemente.

— ¡Bueno! ¡Bueno! No quiero saber nada de eso, dijo Eliphás. Vuelva usted á su casa y que me espere Bouscarés.

— Gracias, señor, dijo la muchacha.

Dudó un instante y por fin, en un gracioso impulso, saltó al cuello de Eliphás y, antes de que él pudiera desprenderse, le besó en los dos carrillos: se echó á reír con aire inocente y se marchó. Detrás de ella salió Eliphás para ir á casa de la señora Mossler.

No se creía con derecho á ocultarle la verdad, por dolorosa que fuera, y estaba decidido á provocar medidas de rigor contra el conde. « Es imposible que esto continúe así, decía mientras seguía su camino; ese malvado va á deshonorar á su madre adoptiva y á todos los que tienen alguna relación con ella, de cerca ó de lejos. Con tal de procurarse sensaciones, no retrocederá ante todas las monstruosidades y el día en que caiga bajo el peso de la ley, no habrá dinero ni influencia que puedan salvarle. Pero ¿cómo contenerle? Á un joven se le cortan los víveres y se le obliga á entrar en ve-

reda... Á un hombre casado, que tiene una posición social y relaciones, ¿cómo desembarazarse de él? No se puede hacer una mina bajo sus pasos para aniquilarle. ¡Hay un Ravet!... Se debiera dejar hacer á ese perdido y habría sangre, seguramente... ¡Pero qué escándalo entonces! ¡Qué fatal error cometió esa pobre amiga el día en que se echó á cuestras al tal Valentín! ¿No tenía heredero? ¡Vaya una desgracia! Los que tienen hijos no cesan de quejarse, y los que no los tienen se lamentan también ¡Contradicción, falta de lógica, locura!»

Mientras pensaba todo esto, el viejo llegó á la avenida de los Campos Elíseos y entró en el patio del palacio. El portero estaba á la puerta de su habitación y saludó al señor Eliphas con mucho afecto.

— ¿La señora Mossler no ha salido?

— No, señor; la señora ha tenido visitas después de almorzar... La señora condesa de Coutras y la señora de Clement llegaron juntas las primeras, y ahora acaba de entrar el señor conde... Creo que la señora le ha llamado por teléfono.

— ¡Ah! dijo Eliphas. Pues bien, voy á las oficinas.

Subió por una escalera de servicio y, en el primer piso, entró en las oficinas donde se administraba la fortuna de la señora Mossler, sobre las cuales ejercía Eliphas una activa vigilancia. Casi

todos los días entraba en el despacho que tenía destinado, contiguo al saloncillo de su amiga, á fin de despachar con ella el voluminoso correo de la mendicidad.

Aquel día, sabiendo que el conde de Coutras estaba con su madre, no se apresuró, vagó un rato por las oficinas y después abrió la puerta de comunicación de su despacho y entró en la habitación particular de la señora Mossler. La alfombra amortiguaba el ruido de sus pasos; la puerta se cerró silenciosamente. Eliphas puso el sombrero sobre un mueble y se preparaba á sentarse para esperar pacientemente, cuando llegó á sus oídos ruido de voces que venía de la habitación inmediata, separada solamente por una cortina. La señora Mossler y su hijo hablaban con animación y las primeras palabras que llegaron á Eliphas le interesaron tan vivamente, que se puso á escuchar con extrema atención.

— En resumen, decía la señora Mossler, esa querrella no tiene ninguna causa seria ni que se pueda confesar y es preciso que el asunto se arregle... No quiero que siga adelante...

— Eso es fácil de decir, replicó Valentín — cuyo acento, de ordinario dulce, era entonces agrio y rabioso — pero muy difícil de conseguir... No es á mí, que soy el ofendido, á quien hay que pedir ese arreglo, sino al señor Redel...

— Eres tú el que ha causado los primeros males, contestó vivamente la señora Mossler... Lo sé.

— ¿Quién se lo ha dicho á usted?

Una sombra de vacilación se manifestó en el tono de la señora Mossler.

— ¿Tengo yo necesidad de que nadie me lo diga? Bien sabes que, hace mucho tiempo, estoy enterada de tus malas disposiciones respecto de Redel... La cosa viene desde Sauvigny... Siempre me ha parecido mal esa hostilidad de tu parte hacia un hombre á quien estimo y cuya madre es mi amiga...

— ¡Bah! Yo no conozco á su madre... La madre de ese hombre de cuarenta años no tiene nada que ver en este asunto. Con el hijo solamente tengo que habérmelas. Que tenga madre no es suficiente motivo para que no me dé satisfacción de la ofensa que me ha inferido.

— ¿Pero qué ofensa es esa?

— Me ha insultado en los términos más violentos... ¡Pardiez! ¿Qué quieres? ¡Con lo que me ha dicho hay para matar diez hombres! ¿Y pides que retroceda? No puedo.

— No quieres, sobre todo.

— Seguramente que no quiero... ¿Qué pensarían mis padrinos?

— ¿Preferes su opinión á la mía?

— La tuya no está bien ilustrada. No sabes de

lo que se trata. Y después, ¿qué entienden las mujeres de asuntos de honor?

La voz de la señora Mossler tomó un tono severo.

— Estás seguro de que en este caso se trata del honor?

— ¿Qué significa eso?

— Significa que el honor debería consistir para ti en reparar el mal que has hecho, en vez de procurar agravarle. Significa que en tu diferencia con Redel no eres tú quien tiene la razón. Significa que te he llamado, no para pedirte como un favor que te prestes á un arreglo, sino para mandártelo, porque esa es mi voluntad.

Valentín se echó á reír.

— ¡Está bien! ¡Esto es gracioso! Me mandas que retroceda ante ese señor que hace la corte á mi mujer, que acaso es su amante...

— ¡Mientes! y sabes que mientes...

La voz de Valentín tembló de cólera.

— Me tratas muy severamente, me parece, madre mía. Mi respeto hacia ti es grande, pero le sometes á peligrosa prueba.

Si me tuvieras respeto, lo habrías demostrado con tus actos. ¿Qué valen las palabras? No me hago ilusiones sobre tu hipócrita dulzura. Te he querido mucho, pero has hecho todo lo posible para apartarme de ti. Ten cuidado; me has engañado muchas veces, pero no lo conseguirás hoy.

Supones que estoy mal informada y conozco todo el fondo de este miserable asunto, sé sus secretos resortes y precisamente porque no tengo duda alguna sobre el papel que representas, estoy resuelta á impedirte representarlo.

— No soy curioso, pero tendría empeño de saber cómo piensas lograrlo.

— Vas á saberlo. Te doy mi palabra, y sabes que nunca he faltado á ella, de que si prescindes de mi prohibición no vuelvo á verte en mi vida.

Valentín pegó con fuerza con el pie en el suelo.

— ¡No verme! Entonces desea que Redel me mate; será más sencillo.

— ¡Más sencillo y más justo! Pero no sucederá. Siempre los malvados como tú, matan á los hombres honrados como él. Por eso no quiero ese duelo. No solamente te prohibo batirte, sino te impongo que desaparezcas durante un año.

— ¿Y adónde voy? ¿Á la trapa?

— No; te metes en tu yacht y te vas muy lejos, entre el mar y el cielo, para reflexionar, para enmendarte y sobre todo, para dejar respirar á las víctimas á quienes torturas aquí; tu mujer... y la otra.

— ¿La otra?

— Sí; la desgraciada á quien persigues con tus indignos propósitos; á la que me habías prometido dejar tranquila y te obstinas en perseguir.

— ¡Perseguir!... ¿Qué sabes tú?

— Ella misma me lo ha dicho, aquí, hace un instante... Ella, que ha venido con tu mujer á advertirme, á confesar, á suplicar...

Al oír esto, una nube pasó ante los ojos de Eliphás. Aquel combate de palabras había tomado un desarrollo tan rápido y tan violento, que el viejo había escuchado con indignación primero, con estupor después, las explicaciones cambiadas entre Valentín y la señora Mossler. En este momento, pálido, los ojos turbados, las manos trémulas, no escuchaba ya y daba vueltas á la última frase: « Ha venido con tu mujer á advertirme, á confesar, á suplicar ». Y después, acudían á su mente las palabras del portero: « La señora condesa de Coutras y la señora de Clement llegaron juntas, las primeras... » Luego « la otra » la víctima de Valentín, era su nuera, Celina. Y era él, ese miserable, ese infame á quien despreciaba, el que estaba allí, haciendo frente á la señora Mossler, á su bienhechora, el que se obstinaba en su feroz proyecto, el que contestaba con osadía, en vez de murmurar humildemente excusas... Eliphás se pasó las manos heladas por la ardorosa frente y lanzó un gemido. En el mismo instante oyó á Valentín que gritaba con furia:

— ¡La amo! ¡La quiero! ¡Nada me impedirá conseguirla!

El viejo entonces se irguió con repentina energía. Avanzó con lento paso, alzó la cortina y mostrando á la señora Mossler y al conde, espantados, su trémulo semblante:

— Y yo juro á usted, dijo, que no la conseguiré.

— ¡ Eliphás ! exclamó la señora Mossler. ¿ Estaba usted ahí ?

— Sí, señora, sí ; estaba ahí...

— ¿ Tiene usted el vicio de escuchar en las puertas ? dijo Valentín tratando de burlarse.

Eliphás hizo un movimiento tan violento hacia el conde, que la anciana se lanzó entre ellos. Pero el viejo se había tranquilizado y sonreía con frialdad.

— Sí, señor conde, escucho en las puertas para saber infamias é impedir que se cometan.

Extendió hacia Valentín un brazo amenazador y añadió mirándole con sombría energía :

— Usted no se batirá con el coronel Redel, soy yo quien lo asegura, y usted desaparecerá.

— ¿ Para mucho tiempo ? preguntó con sorna el conde.

— ¡ Para siempre !

Valentín sintió correr por su piel un escalofrío. Pero era valiente y quiso conservar una altiva actitud.

— Ahora, madre mía, debes estar tranquila. El

señor Eliphás va á librarte de mí. Hasta la vista, madre mía. Caballero, tengo el honor...

Eliphás respondió con esta sola palabra.

— Adiós.

— Valentín, volverás, exclamó la señora Mossler : no renuncio á convencerte, á apaciguarte...

— ¿ Para qué ? El señor Eliphás te responde de mí, dijo el conde con rudeza. ¡ Fía en su autoridad !

Hizo un ademán irónico de deferencia y salió.

Eliphás y la señora Mossler se quedaron solos y durante un minuto se miraron sin hablar. El viejo se dejó caer en una butaca y con la frente inclinada y los brazos colgando parecía aniquilado. Su amiga le cogió la mano y preguntó :

— ¿ Ha oído usted todo lo que ha dicho ?

— Todo.

— No crea usted que Celina...

— ¡ Ni una palabra de explicación ! interrumpió Eliphás. Sé que ella misma ha venido á pedir socorro contra ese miserable... Claro es que le aborrece y quiere huirle. No puedo tener hacia ella más que lástima y misericordia. Es una mujer honrada, una buena madre, y yo la vengaré.

— ¿ Cómo ?

— ¿ No ha oído usted lo que he dicho ? El conde de Coutras no se batirá y desaparecerá.

La señora Mossler palideció.

— ¿ Cree usted, Eliphás, que lo que á mí me ha rehusado va á concedérselo á usted?

— Eliphás se levantó. Ya no estaba aniquilado y caído, sino imponente y terrible. Miró á su amiga con expresión nueva en él y con voz que penetraba hasta el corazón de la anciana, dijo:

— En este momento, su voluntad no le pertenece ya. Está en unas manos más poderosas que las de usted y que las mías. Cuando he venido, la casualidad me había hecho dueño de su suerte. Podía, á mi arbitrio, salvarle ó perderle. Su bajeza, su crueldad, su ingratitud, me han impuesto una decisión. Le he condenado.

— ¿ Usted? exclamó la señora Mossler aterrorizada. ¿ Usted, Eliphás, el más dulce, el más generoso, el más indulgente de los hombres? ¿ Usted, el amigo de toda la vida?

— Sí, yo.

— ¿ Y si yo pido á usted que le salve?

— Me negaré, para evitar á usted mayores dolores, más pesados remordimientos.

— Pero yo puedo prevenirle, ponerle en guardia, defenderle...

— ¡ Oh bondad! ¡ Eterno error! Conoce usted los crímenes cometidos por ese miserable, y tiembla usted por él. Ahora mismo le amenazaba usted, indignada, y buscaba un medio de castigarle, y cuando el castigo está sobre su cabeza, procura

protegerle. No ignora usted que si se salva, será para la desdicha de los demás y para la suya. Yo seré más firme que usted. Soy un hombre honrado, bien lo sabe usted; jamás he hecho daño á nadie y daría mi fortuna y mi vida por salvar á un inocente. ¡ Pues bien! Sin una duda en el fondo de mi conciencia, tomo el partido de suprimir ese monstruo.

— Pero usted habla como si dispusiera de un poder secreto, como si una orden suya bastase para decidir la vida ó la muerte de un hombre...

— Dispongo, por una hora, de ese poder. Al entrar en esta casa, me bastaba pronunciar algunas palabras para que el conde se salvase. Él mismo se ha perdido. Esas palabras no las pronunciaré.

El semblante alterado de la señora Mossler se esclareció. Creyó que empezaba á ver claro en aquel misterio.

— ¿ Se trata del asunto de que hablaba ese Bouscarés esta mañana? ¿ Había, en efecto, un peligro para el honor y acaso para la vida de Valentín? ¿ He adivinado? ¡ Respóndame! ¡ Infórmeme! ¡ Debe usted hacerlo! ese secreto no le pertenece.

El viejo la miró friamente y dijo con tranquila energía:

— No sabrá usted nada.

— ¡ Oh! ¡ Está bien! Yo encontraré á ese hom-

bre, yo le haré hablar, yo desharé sus proyectos.

— No tendrá usted tiempo.

La anciana adoptó un ademán soberbio:

— ¡ Por la vida de mi hijo, pagaré cuanto haga falta !

— ¿ Dónde ? ¿ Á quién ? ¡ No ! Toda su riqueza será impotente ! ¡ Su irresistible río de oro no servirá de nada !

— ¿ Pero quién va á herir á Valentín ? exclamó la señora Mossler, alterada por la resistencia de Eliphas. ¿ Usted ?

— No, señora, ni yo, ni mi hijo, ni nadie á quien usted conozca ni á quien él haya hecho daño. Un desconocido, un pobre ser, tan desmoralizado como él, pero más excusable porque es menos dichoso, ejecutará la sentencia pronunciada. Agente oscuro de la fatalidad, matará, porque debe matar. Usted quedará sinceramente afligida ; yo, libre de todo remordimiento. El destino se encarga de todo.

— Pero usted puede aún perdonar. Eliphas, se lo suplico, salve á Valentín. No olvide que le ha visto crecer ante sus ojos, que le ha acariciado siendo niño, que Mossler le quería y que yo no tengo á nadie más que á él... Se corregirá ; yo le diré lo que ha hecho usted por él... Le traeremos al bien. ¡ Oh ! ¡ su arrepentimiento será una hermosa ofrenda que haremos á Dios ! ¡ Él solo debe

herirle ! ¿ Con qué derecho se sustituye usted á él ?

— Me limito á no desviar su cólera. Si él quiere salvar á vuestro hijo, puede hacerlo. Yo me inclinaré ante su voluntad.

— ¡ Pero yo, exclamó la señora Mossler, habré conocido el peligro sin haber hecho nada para defenderle !

— Yo juego limpio con usted y la ofrezco una probabilidad. Trate usted de retener á su hijo á su lado hasta por la mañana. Si usted lo consigue, Redel estará, probablemente, muerto por la noche. Celina se verá impulsada á cualquier extremo que ponga en peligro la dicha de mi hijo. Enriqueta arrastrará una miserable existencia. Usted misma será manchada por vergüenzas que no prevee. Pero ese seductor y precioso joven seguirá viviendo. Todas esas desdichas como precio de su vida no serán nada. ¿ Verdad ? ¿ Es eso lo que usted quiere ? Pues bien, ¡ atrevase á cargar con la responsabilidad !

— Eliphas, usted me tortura. Pero su padre, al morir, me le confió... ¡ Oh ! ¡ Su padre !...

— Su padre, señora, murió porque quiso seguir siendo un hombre honrado. Hoy, renegaría del hijo que arrastra su nombre por el fango.

— ¡ Eliphas, no me abandone usted ! Es usted mi consejero, mi único amigo... ¿ Qué debo hacer ?

— Ya lo he dicho, señora. Guarde usted á su

hijo esta noche... Si usted lo consigue, será que la Providencia quiere que la honradez sea vencida y que el vicio triunfe.

— ¡Ah! No puedo dejarle expuesto á esos peligros... Voy á tratar de salvarle de los demás y de sí mismo...

— Inténtelo usted.

La condesa, febril, llamó á un criado y dijo :

— Mi coche, al momento.

— Está enganchado en el patio.

— Adiós, pues, señora, dijo el viejo con tristeza. No nos veremos más, por mi voluntad si usted logra lo que intenta, porque nunca se lo perdonaré; por la suya, si no lo logra, porque la causaré horror.

Se inclinó y salió. Detrás de él la señora Mossler bajó impetuosamente la escalera y dijo al cayo :

— Avenida de Friedland. ¡Volando!

Valentín, encerrado en su sala de fumar con sus antiguos inseparables Croix-Mesnil y Prieur, discutía las condiciones de su duelo.

— La pistola, á veinticinco pasos, fuego á voluntad, decía Prieur. Vas á matarnos ese artillero como un pichón.

— Trataré de hacerlo.

— ¿Has tirado durante este último tiempo?
¿No has perdido la puntería?

— Hace un mes, tiro todas las mañanas veinte balas. Nunca he estado más corriente.

— ¿Por eso, entonces, no has elegido la espada?

— Querido, dijo Croix-Mesnil; Valentín ha hecho bien. Cuando se quiere un duelo serio, hay que escoger la pistola. De este modo no se sale del paso con arañazos en los dedos...

— ¿Qué hacemos hasta la hora de irse á dormir esta noche? ¿No nos separamos?

— Comeremos juntos y después nos separaremos. Me espera una preciosa muchacha.

— ¡Cómo! dijo Croix-Mesnil; ¿la víspera de un duelo? Eso hace temblar el brazo y borra el golpe de vista.

— ¡Bah! Si supierais lo que es Matilde Chabassu, comprenderíais que arriesgue un poco por ella... Es la más admirable flor del arroyo que se puede encontrar... La belleza ideal de la *Jocónda* y el vicio alegre de un pillastre de los arrabales... ¡Qué mezcla!

— No se discuten jamás los medios de animarse, amigo mío. Las sensaciones son demasiado raras para desdeñar ninguna. ¿Nos vamos?

— Vámonos.

En el mismo momento, se abrió la puerta del hotel y entró en él al trote largo el coche de la señora Mossler. Valentín se acercó á la ventana y exclamó :

— ¡Vamos, bueno, mi madre! ¡Otra vez viene á fastidiarme... Amigos míos, bajemos por la escalera pequeña; saldremos por las cuadras...

Llamó á su ayuda de cámara y le dijo:

— Me voy, James; si le preguntan, diga que hace una hora que he salido.

Y se fué. En el vestíbulo, la señora Mossler pidió que la anunciaran á Valentín, y James, el ayuda de cámara inglés, con flema un tanto irónica, contestó que el señor conde había salido, haría próximamente una hora, y al preguntar la señora Mossler á dónde había ido, dónde podría encontrarle, el criado, impasible, contestó que el señor no había dado ninguna orden y que ignoraba sus proyectos para la velada.

Entonces la señora Mossler tuvo la noción espantosa y clara de lo irremediable. Sintió pesar sobre ella y sobre Valentín aquella fatalidad que Eliphas invocaba, y se juzgó impotente para penetrarla, para combatirla, para arrancarla su víctima. Se vió enfrente de lo desconocido, oscuro y amenazador. Aniquilada, sin intentar más esfuerzos, comprendiendo que nada podría prevalecer contra la sentencia inexorable del destino, bajó la señorial escalinata, subió en el coche y se volvió á su casa.

Durante este tiempo Eliphas se encaminaba á Montmartre. Era un hombre metódico y exacto, que hacía las cosas como deben hacerse. Había

prometido á Matilde que iría á llevar respuesta á Bouscarés antes de las seis, y á las seis menos cuarto llegaba á la calle de Ramey, á pie, con el paraguas debajo del brazo. No tenía el aspecto de un justiciero; su cara era pacífica. Subió la escalera infecta y grasienta cuyas paredes salitrosas sudaban gruesas gotas de agua. Al llegar al quinto piso, llamó en casa de Bouscarés y, bien porque estuviese cansado de subir la escalera, ó dominado por violenta emoción, tosió con esfuerzo. La puerta se abrió y apareció el ingeniero.

— ¡Ah! señor Eliphas! ¡Es usted! Le esperaba... La muchacha me ha dicho...

— ¿Está en la casa? preguntó el viejo entrando en el comedor.

— ¡Voló, la paloma, después de haber depositado su rama de olivo en la casa paterna! dijo el meridional con burda alegría. Se ha marchado á casa de una amiga... Su padre no quería otra cosa. En cuanto á Ravet, ha protestado por fórmula... ¿Qué más puede desear ese animal? Se le pondrá un establecimiento de joyería en Nueva York, en cuanto llegue. ¿Va, después de esto, á recriminar á la pequeña? ¡Se casa, ¿verdad? como se dice en algunos contratos matrimoniales, después de ligera falta! ¿Cree que por doscientos mil francos se le va á dar una mujer nuevecita?

Bouscarés se echó á reír, encantado de su fa-

cundia, pero al ver á Eliphas, que estaba ante él mudo y grave, se puso de repente ansioso y turbado.

— ¿Pero qué tiene usted, señor Eliphas? preguntó; cualquiera diría que los asuntos no marchan á su gusto. ¿Hay algún inconveniente?

— Hay uno.

— ¿Serio?

— Muy serio.

— ¡Ira de Dios! ¿La combinación ha fracasado?

— Sí.

— Bouscarés se puso pálido y se sentó como si las piernas se negasen á sostenerle. Después dijo, echando á Eliphas una mirada de espanto:

— ¡Señor Eliphas, cuidado, nada de tonterías! No conoce usted á esta gente. Si se les da un chasco, arriesgamos nuestra piel, usted y yo.

— Señor Bouscarés, dijo el Ministro de la Caridad, por mí, no temo nada ni á nadie.

— ¿Y por el conde? preguntó el meridional.

— El conde está en salvo.

Bouscarés dió un salto y dijo con furia:

— ¿En salvo? Tiene cita esta noche á las once con la chiquilla.

— Irá acompañado.

Bouscarés miró á Eliphas con seria atención.

— ¡Veamos! ¿Qué juego es el de usted? Si no le conociese, creería que se había usted propuesto

exasperar el odio de los que amenazan al señor de Coutras. Reflexione usted; no es ya tiempo de bromas... esa gente espera su dinero...

— Puede usted decirles que lo esperen sentados... Han querido robarnos... Pues bien, que desistan.

— ¿Está definitivamente resuelto? dijo Bouscarés con una voz en la que se empezaba á traslucir la cólera.

— Definitivamente.

El meridional cambió de actitud. Su dulzona mansedumbre desapareció y dijo con insolente rudeza:

— Viejo chocho ¿es usted el que ha impedido á la señora Mossler aflojar la mosca? ¿Qué le importa á usted que ella nos unte la mano? ¿Lo saca usted de su bolsillo? ¡Vaya un granuja! ¡Ya está usted escurriendo el bulto, ó yo le daré los escrúpulos y la virtud... ¡Vamos! ¡Largo de aquí! El joven barbilindo recibirá noticias nuestras...

Eliphas sacudió la cabeza como para echar fuera todas las injurias que caían sobre él y, sin replicar, ganó la puerta y se marchó. En la escalera oyó los improperios de Bouscarés y hasta le pareció que otras dos voces fuertes y muy violentas se mezclaban con la del meridional. Supuso que serían Chabassu y Ravet que expresaban su descontento.